



Los diálogos de la torre del Virrey

La República

ἀλλὰ τοῦτό ἐστιν ὃ ἐμοὶ πάλαι ὄκνον ἐντίθησι λέγειν, ὀρῶντι ὡς πολὺ
παρὰ δόξαν ῥηθήσεται: χαλεπὸν γὰρ ἰδεῖν ὅτι οὐκ ἂν ἄλλη τις
εὐδαιμονήσειεν οὔτε ἰδίᾳ οὔτε δημοσίᾳ.

de Platón

Miércoles 7 de febrero de 2024
17h CET

LIBRO V

Ponente: Unai Cava Salgado

Presencial: Sala de Reuniones de la Facultad de Filosofía (UV)

Online: <https://us06web.zoom.us/j/5549038216>

Los diálogos de la torre del Virrey 19
la torre del Virrey. Instituto de estudios culturales avanzados
 Webinar 7 de febrero de 2024
 Curso 2023-2024
 Ponente: Unai Cava Salgado

República V

De allí fui yo sacado a duras penas gracias a los dioses, afortunadamente, pero mi hermano fue encerrado en la corte por una mala fortuna como ningún otro hombre ha sufrido jamás. Pues si él mostró un carácter algo áspero y violento, esto aumentó con su educación montaraz. Y creo yo que es justo que esta responsabilidad recaiga sobre el que nos proporcionó a la fuerza semejante educación, de la que a mí los dioses me purificaron e inmunizaron gracias a la filosofía [ἦς ἐμὲ μὲν οἱ θεοὶ διὰ τῆς φιλοσοφίας καθαρὸν ἀπέφηναν καὶ ἐξάντη], pero de la que a él nadie le liberó.

JULIANO, *Al senado y pueblo de Atenas* 271d-272a

Bibliografía

- Platonis Rempublicam*, ed. de S. R. Slings, Oxford University Press, 2003.
 PLATÓN, *República*, ed. José M. Pabón y Manuel Fernández-Galiano, CEPC, Madrid, 2006.
 PLATÓN, *Diálogos*, ed. de Emilio Lledó et al., Gredos, Madrid, 2006, 9 vols.
 JULIANO, *Discursos I-V*, Trad. Jose Garcia Blanco, Gredos, Madrid, 1989.
- LEO STRAUSS, *Seminar in Political Philosophy: Plato's Republic*, The University of Chicago Press, 1957
 —, *Seminar in Political Philosophy: Plato's Republic*, The University of Chicago Press, 1961
 WILLIAM H. F. ALTMAN, *Plato the Teacher. The Crisis of the Republic*, Lexington Books, Lanham, MD, 2012.
 —, *Platón el maestro. La crisis de la República*, trad. de M. Golfe, UCOPress, Córdoba, 2023.

INTRODUCCIÓN

*Nuevo ἀρχή***V 449a-b: Vuelta al inicio**

SÓCRATES. — Tal es, pues, la clase **de ciudad y de constitución** que yo califico de **buena** y **recta** y tal la clase de hombre; [*ἀγαθὴν μὲν τοίνυν τὴν τοιαύτην πόλιν τε καὶ πολιτείαν καὶ ὀρθὴν καλῶ, καὶ ἄνδρα τὸν τοιοῦτον:*] ahora bien, si éste es bueno, serán malos y viciosos los demás tipos de organización política o de disposición del carácter de las almas individuales, pudiendo esta su maldad revestir cuatro formas distintas.

GLAUCÓN. — ¿Cuáles son esas formas? —preguntó.

Y yo iba a enumerarlas una por una, según el orden en que me parecían nacer unas de otras, cuando Polemarco, que estaba sentado algo lejos de Adimanto, extendió el brazo, y cogiéndole de la parte superior del manto, por junto al hombro, lo atrajo a sí e, inclinado hacia él, le dijo al oído unas palabras de las que no pudimos entender más que lo siguiente:

POLEMARCO. — ¿Lo dejamos entonces o qué hacemos?

ADIMANTO. — De ningún modo -respondió Adimanto hablando ya en voz alta.

VIII 544a-b

GLAUCÓN. — Y, en cuanto a las restantes formas de gobierno, afirmabas, según recuerdo, que existían cuatro especies de ellas y que valía la pena que las tomáramos en cuenta y contempláramos en sus defectos, así como a los hombres semejantes a cada una de ellas, para que, habiendo visto a todos éstos y convenido en cuál es el mejor y cuál el peor de ellos, investigáramos si el mejor es el más feliz y el peor el más desgraciado o si es otra cosa lo que ocurre. Y, cuando te preguntaba yo que cuáles son esos cuatro gobiernos de que hablabas, en esto te interrumpieron Polemarco y Adimanto y entonces tomaste tú la palabra en una digresión que te ha llevado hasta aquí.

V 449c: El descuido intencionado de Sócrates

ADIMANTO. — Nos parece —contestó —que flaqueas e intentas sustraer y no tratar todo un aspecto y no el menos importante, de la cuestión: crees, por lo visto, que no advertimos cuán a la ligera lo has tocado, diciendo, en lo relativo a mujeres e hijos, que nadie ignora cómo las cosas de los amigos han de ser comunes.

IV 423e-424a

SÓCRATES. — La educación y la crianza —contesté—; porque, si con una buena educación llegan a ser hombres discretos, percibirán fácilmente todas estas cosas y aun muchas más que ahora pasamos por alto, como lo de que la posesión de las mujeres, los matrimonios y la procreación de los hijos deben, conforme al proverbio, ser todos comunes entre amigos en el mayor grado posible.

V 449d: La petición de Adimanto

ADIMANTO. — Hace ya tiempo que venimos esperando y pensando que ibas a decir algo sobre cómo será la procreación de descendientes, la educación de éstos una vez nacidos y, en una palabra, esa comunidad de mujeres e hijos que dices.

Democracia

V 449d-450a: Votación

ADIMANTO. — Hemos decidido [δέδοκται], como acabas de oír, no dejarte mientras no hayas tratado todo esto del mismo modo que lo demás.

GLAUCÓN. — Pues bien —dijo Glaucón—, consideradme también a mí como votante de ese acuerdo.

TRASÍMACO. — No lo dudes —dijo Trasímaco—; ten entendido, Sócrates, que esta nuestra decisión es unánime.

V 450a-b: El propósito de Sócrates

SÓCRATES. — ¡Qué acción la vuestra —exclamé— al echaros de ese modo sobre mí! ¡Qué discusión volvéis a promover, como en un principio, acerca de la ciudad! Yo estaba tan contento por haber salido ya de este punto y me alegraba de que lo hubieseis dejado pasar aceptando mis palabras de entonces; y ahora queréis volver a él sin saber qué enjambre de cuestiones levantáis con ello. Yo sí que lo preveía y por eso lo di de lado entonces, para que no nos diera tanto que hacer.

TRASÍMACO. — ¿Pues qué? —dijo Trasímaco—. ¿Crees que éstos han venido aquí a fundir oro [χρυσοχοήσοντας] o a escuchar una discusión?

SÓCRATES. — Sí —asentí—, una discusión mesurada.

Gorgias 486d

SÓCRATES. — Si mi alma fuera de oro [χρυσόν], Calicles, ¿no crees que me sentiría contento al encontrar alguna de esas piedras con las que prueban el oro, la mejor posible, a la que aproximando mi alma, si la piedra confirmara que está bien cultivada, yo sabría con certeza que me hallo en buen estado y que no necesito otra comprobación?

Los peligros de la educación

V 450b-c: La petición de los alumnos

GLAUCÓN. — Pero para las personas sensatas —dijo Glaucón—, no hay, Sócrates, otra medida que limite la audición de tales debates sino la vida entera. No te preocupes, pues, por nosotros; y en cuanto a ti, en modo alguno desistas de decir lo que te parece sobre las preguntas que te hacemos: explica qué clase de comunidad se establecerá entre nuestros guardianes, por lo que toca a sus mujeres e hijos, y cómo se criará a éstos mientras sean aún pequeños, en el período intermedio entre el nacimiento y el comienzo de la

educación, durante el cual parece ser más penosa que nunca su crianza. Intenta, pues, mostrarnos de qué manera es preciso que ésta se desarrolle.

V 450c: Advertencia de Sócrates

SÓCRATES. — El exponerlo, pues ha de provocar muchas más dudas todavía que lo discutido antes. Porque o no se considerará tal vez realizable lo expuesto, o bien, aun admitiéndolo como perfectamente, viable, se dudará de su bondad.

V 450d: Las características del buen estudiante

GLAUCÓN. — Nada temas —dijo—. Pues no son **ignorantes (ingratos)**, **incrédulos (desobedientes)** ni **malévolos (hostiles)** quienes te van a escuchar. [οὔτε γὰρ **ἀγνώμονες** οὔτε **ἄπιστοι** οὔτε **δύσνοι** οἱ ἀκουσόμενοι].

SÓCRATES. — ¿Acaso hablas así, mi buen amigo, porque quieres animarme?

V 450d-451a: Aparición de la tríada y el riesgo en la enseñanza

SÓCRATES. — Si tuviera yo fe en la certeza de lo que digo, estarían bien tus palabras de estímulo. [...] temo que, no acertando con la verdad, no sólo venga yo a dar en tierra, sino arrastre tras de mí a mis amigos y eso en las cuestiones en que más cuidadosamente hay que evitar un mal paso. [...] considero menos grave matar involuntariamente a una persona que engañarla en lo relativo a la **nobleza (belleza)**, **bondad (bien)** y **justicia** de las **instituciones (costumbres)** [ἢ ἀπατεῶνα **καλῶν** τε καὶ **ἀγαθῶν** καὶ **δικαίων νομίμων** πέρι]. Si ha de exponerse uno a este peligro, es mejor hacerlo entre enemigos que entre amigos.

V 451b: Otra risa de Glaucón

Entonces se echó a reír Glaucón y dijo:

GLAUCÓN. — Pues bien, Sócrates, si algún daño nos causan tus palabras, desde ahora te absolvemos. [...] Habla, pues, sin miedo.

Protágoras 312 c: El peligro de los alumnos

SÓCRATES. — Que vas a ofrecer tu alma, para que la cuide, a un hombre que es, según afirmas, un sofista. Pero qué es un sofista, me sorprendería que lo sepas. Y si, no obstante, desconoces esto, tampoco sabes siquiera a quién entregarás tu alma, ni si para asunto bueno o malo.

Protágoras 313c-314b

HIPÓCRATES. — ¿Y de qué se alimenta el alma, Sócrates?

SÓCRATES. — Desde luego de enseñanzas, dije yo. De modo que, amigo, cuidemos de que no nos engañe el sofista con sus elogios de lo que vende [...]. Pero las enseñanzas no se pueden transportar en otra vasija, sino que es necesario, después de entregar su precio, recogerlas en el alma propia, y una vez aprendidas retirarse dañado o beneficiado.

VII 517a: El peligro de los maestros

SÓCRATES. — ¿Y no matarían, si encontraban manera de echarle mano y matarle, a quien intentara desatarles y hacerles subir?

GLAUCÓN. — Claro que sí —dijo.

PRIMERA OLA DE LA PARADOJA

Representación femenina

V 451b-c

SÓCRATES. — Es necesario, pues —comencé—, que volvamos ahora atrás para decir lo que tal vez debíamos haber dicho antes, en su lugar correspondiente; aunque, después de todo, quizá no resulte tampoco improcedente que, una vez terminada por completo la representación masculina, comience, sobre todo ya que tanto insistes, la femenina.

V451d-e: Igualdad en tareas y enseñanzas

SÓCRATES. — ¿Creemos que las hembras de los perros guardianes deben vigilar igual que los machos y cazar junto con ellos y hacer todo lo demás en común o han de quedarse en casa, incapacitadas por los partos y crianzas de los cachorros, mientras los otros trabajara y tienen todo el cuidado de los rebaños?

GLAUCÓN. — Harán todo, en común -dijo -; sólo que tratamos a las unas como a más débiles y a los otros como a más fuertes.

SÓCRATES. — ¿Y es posible -dije yo- emplear a un animal en las mismas tareas si no le das también la misma crianza y educación?

GLAUCÓN. — No es posible.

SÓCRATES. — Por tanto, si empleamos a las mujeres en las mismas tareas que a los hombres, menester será darles también las mismas enseñanzas.

V 452a-c: La intempestividad de la República

SÓCRATES. — Pero quizá mucho de lo que ahora se expone —dije— parecería ridículo, por insólito, si llegara a hacerse como decimos. [...]

GLAUCÓN. — ¡Sí, por Zeus! —exclamó—. Parecería ridículo, al menos en nuestros tiempos.

SÓCRATES. — Pues bien —dije—, una vez que nos hemos puesto a hablar, no debemos retroceder ante las chanzas de los graciosos por muchas y grandes cosas que digan de semejante innovación aplicada a la gimnástica, a la música y no menos al manejo de las armas y la monta de caballos. [...] Y recordarles que no hace mucho tiempo les parecía a los griegos vergonzoso y ridículo lo que ahora se lo parece a la mayoría de los bárbaros.

V 452e-453a: ¿La naturaleza masculina es igual a la femenina?

SÓCRATES. — ¿No será, pues, esto lo primero que habremos de decidir con respecto a tales cosas, si son factibles o no, y no concederemos controversia a

quien, en broma o en serio, quiera discutir si las hembras humanas son capaces por naturaleza de compartir todas las tareas del sexo masculino o ni una sola de ellas, o si pueden realizar unas sí y otras no, y a cuál de estas dos clases pertenecen las ocupaciones militares citadas?

V 453b-d: La primera dificultad paradójica

SÓCRATES. — «¿Y puede negarse que la naturaleza de la mujer difiere enormemente de la del hombre?»

GLAUCÓN. — ¿Cómo negar que difiere?

SÓCRATES. — «¿No serán, pues, también distintas las labores, conformes a la naturaleza de cada sexo, que se debe prescribir a uno y otro?»

GLAUCÓN. — ¿Cómo no?

SÓCRATES. — «Entonces, ¿no erráis ahora y caéis en contradicción con vosotros mismos al afirmar, en contrario, la necesidad de que hombres y mujeres hagan lo mismo, y eso teniendo naturalezas sumamente dispares?» [...] He aquí, Glaucón —dije—, una dificultad que, con otras muchas semejantes, preveía yo hace tiempo; de ahí mi temor y el no atreverme a tocar las normas sobre la manera de adquirir y tener mujeres e hijos.

Igualdad de almas entre hombres y mujeres

V 454b-c: Solución

SÓCRATES. — Porque nos atenemos sólo a las palabras para sostener denodadamente y por vía de disputa que las naturalezas que no son las mismas no deben dedicarse a las mismas ocupaciones y no consideramos en modo alguno de qué clase era y a qué afectaba la diversidad o identidad de naturalezas que definíamos al atribuir ocupaciones diferentes a naturalezas diferentes y las mismas ocupaciones a las mismas naturalezas.

GLAUCÓN. — En efecto -dijo-, no lo tuvimos en cuenta.

SÓCRATES. — Pues bien -dije-, podemos, según parece, preguntarnos a nosotros mismos si los calvos y los peludos tienen la misma u opuesta naturaleza y, una vez que convengamos en que es opuesta, prohibir, si los calvos son zapateros, que lo sean los peludos, y si lo son los peludos, que lo sean los otros.

V 455d-456b: conclusiones

SÓCRATES. — No existe en el regimiento de la ciudad ninguna ocupación que sea propia de la mujer como tal mujer ni del varón como tal varón, sino que las dotes naturales están diseminadas indistintamente en unos y otros seres, de modo que la mujer tiene acceso por su naturaleza a todas las labores y el hombre también a todas; únicamente que la mujer es en todo más débil que el varón. [...] Por tanto, existen también la mujer apta para ser guardiana y la que no lo es. ¿O no son éstas las cualidades por las que elegimos a los varones guardianes? [...] Vemos, pues, que no legislábamos en forma irrealizable ni quimérica puesto que la ley que instituímos está de acuerdo con la naturaleza.

V 457a: Escape airoso de la paradoja

SÓCRATES. — De modo que no sólo era viable la institución que establecimos, sino también la mejor para la ciudad. [...] ¿Podemos, pues, afirmar que ésta es, por así decirlo, la primera oleada que al hablar de la posición legal de las mujeres hemos sorteado?

SEGUNDA OLA DE LA PARADOJA

Sobre el comunismo de los guardianes

V 457c-d: Nueva ley paradójica ha imponer

GLAUCÓN. — Efectivamente —dijo—, no era pequeña la ola de que has escapado.

SÓCRATES. — Pues no la tendrás por tan grande —dije— cuando veas la que viene tras ella.

GLAUCÓN. — Habla, pues; véala yo —dijo.

SÓCRATES. — De éstas —comencé— y de las demás cosas antes dichas se sigue, en mi opinión, esta ley.

GLAUCÓN. — ¿Cuál?

SÓCRATES. — Esas mujeres serán todas comunes para todos esos hombres y ninguna cohabitará privadamente con ninguno de ellos; y los hijos serán asimismo comunes y ni el padre conocerá a su hijo ni el hijo a su padre.

414b-c: Noble mentira = Ficción genética

SÓCRATES. — Entonces —dije yo— ¿cómo podríamos inventarnos [μηχανή γένοιτο] una de esas oportunas falsedades [τῶν ψευδῶν τῶν ἐν δέοντι γιγνομένων] de las que acabamos de hablar, de tal modo que podamos persuadir, mediante una que sea noble [γενναϊόν], si es posible, a los mismos gobernantes y por defecto al resto de la ciudad?

GLAUCÓN. — ¿A qué clase de ficción te refieres?

SÓCRATES. — A ninguna sin precedentes —dije—, sino a una especie de cuento fenicio, algo que ha sucedido [γεγονός] antes en muchas partes del mundo, como afirman y han inducido a los hombres a creer los poetas, pero que no ha sucedido [γεγονός] y tal vez no sería probable que suceda [γενόμενον] en nuestros días y exigiendo no poca persuasión para hacerlo creíble”.

III 414d-415c: Correspondencia entre la primera noble mentira (“Ficción genética”) y la segunda ola de la paradoja

SÓCRATES. — No sé cómo ni con qué palabras osaré hacerlo, ni cómo he de intentar persuadir, ante todo a los mismos gobernantes y a los estrategos, y luego a la ciudad entera, de modo que crean que toda esa educación e instrucción que les dábamos no era sino algo que experimentaban y recibían en sueños; que en realidad permanecieron durante todo el tiempo bajo tierra,

moldeándose y creciendo allá dentro de sus cuerpos mientras se fabricaban sus armas y demás enseres; y que, una vez que todo estuvo perfectamente acabado, la tierra, su madre, los sacó a la luz, por lo cual deben ahora preocuparse de la ciudad en que moran como de quien es su madre y nodriza y defenderla si alguien marcha contra ella y tener a los restantes ciudadanos por hermanos suyos, hijos de la misma tierra. [...] Pues bien, el primero y principal mandato que tiene impuesto la divinidad sobre los magistrados ordena que, de todas las cosas en que deben comportarse como buenos guardianes, no haya ninguna a que dediquen mayor atención que a las combinaciones de metales de que están compuestas las almas de los niños. Y si uno de éstos, aunque sea su propio hijo, tiene en la suya parte de bronce o hierro, el gobernante debe estimar su naturaleza en lo que realmente vale y relegarle, sin la más mínima conmiseración, a la clase de los artesanos y labradores.

Preguntas de ámbito práctico

V 457d: ¿Es realizable?

SÓCRATES. — No creo —repliqué— que se dude de su utilidad ni de que sería el mayor de los bienes la comunidad de mujeres e hijos siempre que ésta fuera posible; lo que sí dará lugar, creo yo, a muchísimas discusiones, es el problema de si es realizable o no.

V 458b: Primero enseñará que es beneficioso

SÓCRATES. — He aquí, pues, que también yo flojeo y deseo aplazar para más tarde la cuestión de cómo ello es factible; por ahora, dando por supuesto que lo es, examinaré, si me lo permites, el cómo lo regularán los gobernantes cuando se realice y mostraré que no habría cosa más beneficiosa para la ciudad y los guardianes que esta práctica. Eso es lo que ante todo intentaré investigar juntamente contigo; y luego lo otro, si consientes en ello.

V 458c-d: Aparece la necesidad del matrimonio y se abre paso a la segunda noble mentira (“Ficción genética”)

SÓCRATES. — Entonces, tú, su legislador —dije—, elegirás las mujeres del mismo modo que elegiste los varones y les entregarás aquellas cuya naturaleza se asemeje lo más posible a la de ellos. Y, como tendrán casas comunes y harán sus comidas en común, sin que nadie pueda poseer en particular nada semejante, y estarán juntos y se mezclarán unos con otros tanto en los gimnasios como en los demás actos de su vida, una necesidad innata les impulsará, me figuro yo, a unirse los unos con los otros. ¿O no crees en esa necesidad de que hablo?

GLAUCÓN. — No será una necesidad geométrica —dijo—, pero sí erótica [οὐ γεωμετρικαῖς γε, ἢ δ' ὅς, ἀλλ' ἐρωτικαῖς ἀνάγκαις], de aquellas que tal vez sean más pungentes que las geométricas y más capaces de seducir (persuadir) [πείθειν] y arrastrar grandes multitudes (muchos leones) [πολὸν λεόν].

(apunte mío que no formará parte del guion, λεῶν también puede venir de laos, hombres)

SEGUNDA FICCIÓN GENÉTICA

*Elitismo en la comunidad***V 459a: Argumentación genética**

SÓCRATES. — Mas, ¿cómo producirán los mayores beneficios? Dime una cosa, Glaucón: veo que en tu casa hay perros cazadores y gran cantidad de aves (gallos) de raza [τῶν γενναίων ὀρνίθων]. ¿Acaso, por Zeus, no prestas atención a los apareamientos y crías de estos animales?

GLAUCÓN. — ¿Cómo? -preguntó.

SÓCRATES. — En primer lugar, ¿no hay entre ellos, aunque todos sean de buena raza [καίπερ ὄντων γενναίων], algunos que son o resultan (llegan a ser) mejores [γίγνονται ἄριστοι] que los demás?

GLAUCÓN. — Los hay.

SÓCRATES. — ¿Y tú te procuras crías [γενναῖς] de todos indistintamente o te preocupas de que, en lo posible, nazcan de los mejores?

GLAUCÓN. — De los mejores.

V 459d-e: Entrada al elitismo natural

SÓCRATES. — De lo convenido se desprende -dije- la necesidad de que los mejores cohabiten con las mejores tantas veces como sea posible y los peores con las peores, al contrario; y, si se quiere que el rebaño sea lo más excelente posible, habrá que criar la prole de los primeros, pero no la de los segundos. Todo esto ha de ocurrir sin que nadie lo sepa, excepto los gobernantes, si se desea también que el rebaño de los guardianes permanezca lo más apartado posible de toda discordia.

V 460a: La religión como justificación

SÓCRATES. — Será, pues, preciso instituir fiestas en las cuales unamos a las novias y novios y hacer sacrificios, y que nuestros poetas compongan himnos adecuados a las bodas que se celebren. [...] Será, pues, necesario, creo yo, inventar un ingenioso sistema de sorteo, de modo que, en cada apareamiento, aquellos seres inferiores (de baja calidad) [τὸν φαῦλον ἐκεῖνον] tengan que acusar a su mala suerte, pero no a los gobernantes.

V 460c: Las ayas, sustitución de las madres guardianas en lo posible

SÓCRATES. — Pues bien, tomarán, creo yo, a los hijos de los mejores y los llevarán a la inclusa, poniéndolos al cuidado de unas ayas que vivirán aparte, en cierto barrio de la ciudad, en cuanto a los de los seres inferiores —e igualmente si alguno de los otros nace lisiado—, los esconderán, como es debido, en un lugar secreto y oculto.

GLAUCÓN. — Si se quiere —dijo— que la raza de los guardianes se mantenga pura... [καθαρόν τὸ γένος τῶν φυλάκων ἔσεσθαι]

SÓCRATES. — ¿Y no serán también ellos quienes se ocupen de la crianza; llevarán a la inclusa a aquellas madres que tengan los pechos henchidos, pero procurando por todos los medios que ninguna conozca a su hijo; proporcionarán otras mujeres que tengan leche, en el caso de que ellas no puedan hacerlo; se preocuparán de que las madres sólo amamenten durante un tiempo prudencial y, en cuanto a las noches en vela y demás fatigas, éstas las encomendarán a las nodrizas y ayas?

GLAUCÓN. — ¡Qué descansada maternidad —exclamó— tendrán, según tú, las mujeres de los guardianes!

V 461a: Aparición conjunta de la piedad y justicia

SÓCRATES. — Así, pues, si alguno mayor de estas edades o menor de ellas se inmiscuye en las procreaciones públicas, consideraremos su falta como una **impiedad (ni piadosa)** y **una iniquidad (ni justa)** [οὔτε ὅσιον οὔτε δίκαιον φήσομεν τὸ ἀμάρτημα], pues el niño engendrado por el tal para la ciudad nacerá, si su concepción pasa inadvertida.

Comunismo como máximo bien para la ciudad

V 461c-e: Similitud con la primera noble mentira

GLAUCÓN. — ¿Pero cómo se conocerán unos a otros los padres e hijos y los demás parientes de que ahora hablabas?

SÓCRATES. — De ningún modo —dije—, sino que cada uno llamará a todos los varones e hijas a todas las hembras de aquellos niños que hayan nacido en el décimo mes, o bien en el séptimo, a partir del día en que él se haya casado; y ellos le llamarán a él padre. E igualmente llamará nietos a los descendientes de estos niños, por los cuales serán a su vez llamados abuelos y abuelas; y los nacidos en la época en que sus padres y madres engendraban se llamarán mutuamente hermanos y hermanas. De modo que, como decía hace un momento, no se tocarán los unos a los otros; pero, en cuanto a los hermanos y hermanas, la ley permitirá que cohabiten si así lo determina el sorteo y lo ordena también la pitonisa.

V 461e-462d: Lo más conveniente para la ciudad

SÓCRATES. — He aquí, ioh, Glaucón!, cómo será la comunidad de mujeres e hijos entre los guardianes de tu ciudad. Pero que esta comunidad esté de acuerdo con el resto de la constitución y sea el mejor con mucho de los sistemas, eso es lo que ahora es preciso que la argumentación nos confirme. [...] ¿Tenemos, pues, mal mayor para una ciudad que aquello que la disgregue y haga de ella muchas en vez de una sola? ¿O bien mayor que aquello que la agrupe y aúne? [...] ¿Y lo que desune no es la particularización de estos sentimientos, cuando los unos acojan con suma tristeza y los otros con suma alegría las mismas cosas ocurridas a la ciudad o a los que están en ella? [...] La ciudad en que haya más personas que digan del mismo modo y con respecto a lo mismo las palabras «mío» y «no mío», ¿ésa será la que tenga mejor gobierno?

GLAUCÓN. — Con mucho.

SÓCRATES. — ¿Y también la que se parezca lo más posible a un solo hombre? Cuando, por ejemplo, recibe un golpe un dedo de alguno de nosotros, toda la comunidad corporal que, mirando hacia el alma, se organiza en la unidad del elemento rector de ésta, toda ella siente y toda ella sufre a un tiempo y en su totalidad al sufrir una de sus partes;

V 463c-d: Segunda aparición de la piedad y la justicia

SÓCRATES. — ¿te limitarás, acaso, a prescribirles el uso de los nombres de parentesco o bien les impondrás que actúen en todo de acuerdo con ellos, cumpliendo, con relación a sus padres, cuanto ordena la ley acerca del respeto y cuidado a ellos debido y de la necesidad de que uno sea esclavo de sus progenitores sin que en otro caso les espere ningún beneficio por parte de dioses ni hombres, porque no sería **piadoso** ni **justo** su **comportamiento** si obraran de manera distinta a lo ordenado [ὡς οὔτε ὅσια οὔτε δίκαια πράττοντος ἄν]?]

V 464b: Conclusiones sobre la comunidad de los auxiliares

SÓCRATES. — Por otra parte, hemos reconocido que éste es el supremo bien de la ciudad al comparar a ésta, cuando está bien constituida, con un cuerpo que participa del placer y del dolor de uno de sus miembros.

GLAUCÓN. — Y con razón lo reconocimos —dijo.

SÓCRATES. — Así, pues, la comunidad de hijos y de mujeres en los auxiliares se nos aparece como motivo del mayor bien en la ciudad.

V 465e-466a: Respuesta a Adimanto (IV 419a)

SÓCRATES. — ¿Y no recuerdas —pregunté— que en nuestra anterior discusión nos salió no sé quién con la objeción de que no hacíamos felices a los guardianes, puesto que, siéndoles posible tener todos los bienes de los ciudadanos, no tenían nada? ¿Y que contestamos entonces que, si se presentaba la ocasión, examinaríamos el asunto, pero de momento nos contentábamos con hacer a los guardianes verdaderos guardianes y a la ciudad lo más feliz posible sin tratar de hacer dichoso a un linaje determinado de ella con la vista puesta exclusivamente en él?

GLAUCÓN. — Me acuerdo-dijo.

SÓCRATES. — ¿Y qué? Puesto que la vida de esos auxiliares se nos muestra mucho más hermosa y mejor que la de los vencedores olímpicos, ¿habrá riesgo de que se nos aparezca al nivel de la de los zapateros u otros artesanos o de la de los labriegos?

V451d-e: Relación entre la segunda ficción genética y la primera ola de la paradoja

SÓCRATES. — ¿Creemos que las hembras de los perros guardianes deben vigilar igual que los machos y cazar junto con ellos y hacer todo lo demás en común o han de quedarse en casa, incapacitadas por los partos y crianzas de los cachorros, mientras los otros trabajara y tienen todo el cuidado de los rebaños?

V 467c-d

SÓCRATES. — ¿Conviene, pues —dije—, en la comunidad que, según decíamos, han de tener las mujeres con los hombres en lo relativo a la educación de los hijos y a la custodia de los otros ciudadanos y concedes que aquéllas, ya permaneciendo en la ciudad, ya yendo a la guerra, deben participar de su vigilancia y cazar con ellos, como lo hacen los perros; han de tener completa comunidad en todo hasta donde sea posible y, obrando así, acertarán y no transgredirán la norma natural de la hembra en relación con el varón por la que ha de ser todo común entre uno y otra?

GLAUCÓN. — Convengo en ello —dijo

GUERRA

*Educación y normas en las batallas***V 466e-467a: Hijos en las guerras**

SÓCRATES. — Así, pues —dije—, ¿lo que nos queda por examinar no es si esta comunidad es posible en los hombres, como en los otros animales, y hasta dónde lo sea?

GLAUCÓN. — Te has adelantado a decir lo mismo de que iba yo a hablarte —dijo.

SÓCRATES. — En lo que toca a la guerra —observé— creo que está claro el modo en que han de hacerla.

GLAUCÓN. — ¿Cómo? —preguntó.

SÓCRATES. — Han de combatir en común y han de llevar asimismo a la guerra a todos los hijos que tengan crecidos, para que, como los de los demás artesanos, vean el trabajo que tienen que hacer cuando lleguen a la madurez; además de ver, han de servir y ayudar en todas las cosas de la guerra obedeciendo a sus padres y a sus madres.

V 467c

SÓCRATES. — Se ha de procurar, pues, hacer a los niños testigos de la guerra, pero también tratar de que tengan seguridad en ella y con esto todo irá bien ¿no es así?

V 468a-b: Castigo a los cobardes

SÓCRATES. — Aquel de entre ellos -dije- que abandone las filas o tire el escudo o haga cualquier otra cosa semejante, ¿no ha de ser convertido por su cobardía en artesano o labrador?

GLAUCÓN. — Sin duda ninguna.

SÓCRATES. — Y el que caiga prisionero con vida en poder de los enemigos, ¿no ha de ser dejado como galardón a los que le han cogido para que hagan lo que quieran de su presa?

GLAUCÓN. — Enteramente.

V 468b-c: El componente heroico de Glaucón

SÓCRATES. — Y aquel que se señale e ilustre por su valor, ¿te parece que primeramente debe ser coronado en la misma campaña por cada uno de los jóvenes y niños, sus camaradas de guerra? ¿O no?

GLAUCÓN. — Sí, me parece.

SÓCRATES. — ¿Y qué más? ¿Ser saludado por ellos?

GLAUCÓN. — También.

SÓCRATES. — Pues esto otro que voy a decir —seguí— me parece que no vas a aprobarlo.

GLAUCÓN. — ¿Qué es ello?

SÓCRATES. — Que bese a cada uno de sus compañeros y sea a su vez besado por ellos [τὸ φιλησαί τε καὶ φιληθῆναι ὑπὸ ἐκάστου].

GLAUCÓN. — Lo apruebo más que ninguna otra cosa —dijo—. Y quiero agregar a la prescripción que, mientras estén en esa campaña, ninguno a quien él quiera besar pueda rehusarlo, a fin de que, si por caso está enamorado de alguien, sea hombre o mujer [ἐάν τις τοῦ τύχη ἐρῶν ἢ ἄρρενος ἢ θηλείας], sienta más ardor en llevarse el galardón del valor [προθυμότερος ἢ πρὸς τὸ τάριστεῖα φέρειν].

Sobre la divinidad

V 468d-469a: Linajes de oro

SÓCRATES. — Seguiremos, pues, en esto a Homero —dije—; y así, en los sacrificios y en todas las ocasiones semejantes honraremos a los valientes, a medida que muestren ser tales, con himnos y estas otras cosas que ahora decimos [...]. Y a aquel que perezca gloriosamente entre los que mueren en la guerra, ¿no le declararemos primeramente del linaje de oro [οὐ πρῶτον μὲν φήσομεν τοῦ χρυσοῦ γένους εἶναι]?

GLAUCÓN. — Por encima de todo.

SÓCRATES. — ¿Y no creeremos a Hesíodo en aquello de que cuando mueren los de este linaje

*se hacen demonos terrestres, benéficos, santos
que a los hombres de voces bien articuladas custodien?*

V 469a-b: Aparición de los demonos

SÓCRATES. — ¿Preguntaremos, pues, a la divinidad cómo se ha de enterrar y con qué distinción a estos hombres demónicos y divinos [διαπυθόμενοι ἄρα τοῦ θεοῦ πῶς χρὴ τοὺς δαιμονίους τε καὶ θείους τιθεῖναι καὶ τίτι διαφόρων.]; y, como ella nos diga, así los enterraremos?

GLAUCÓN. — ¿Qué otra cosa cabe?

SÓCRATES. — ¿Y en todo el tiempo posterior veneraremos y reverenciaremos sus sepulcros como tumbas de tales demonos [καὶ τὸν λοιπὸν δὴ χρόνον ὡς δαιμόνων]? ¿Y las mismas cosas dispondremos para cuantos en vida hubieran sido tenidos por señaladamente valerosos y hubiesen muerto de vejez o de otro modo cualquiera?

Sobre el trato con los bárbaros y griegos

V 469b-470a: Unión entre griegos y sobre cómo tratar a los muertos en las guerras

SÓCRATES. — ¿Y qué más? Con respecto a los enemigos, ¿cómo se comportarán nuestros soldados?

GLAUCÓN. — ¿En qué cosa?

SÓCRATES. — Lo primero, en lo que toca a hacer esclavos, ¿parece justo que las ciudades de Grecia hagan esclavos a los griegos o más bien deben imponerse en lo posible aun a las otras ciudades para que respeten la raza griega [τοῦ Ἑλληνικοῦ γένους] evitando así su propia esclavitud bajo los bárbaros?

GLAUCÓN. — En absoluto —dijo—; importa mucho que la respeten.

SÓCRATES. — ¿Y, por tanto, que no adquiramos nosotros ningún esclavo griego y que en el mismo sentido aconsejemos a los otros helenos?

GLAUCÓN. — En un todo —repuso—; de ese modo se volverán más bien contra los bárbaros y dejarán en paz a los propios.

SÓCRATES. — ¿Y qué más? ¿Es decoroso —dije yo— despojar, después de la victoria, a los muertos de otra cosa que no sean sus armas? ¿No sirve ello de ocasión a los cobardes para no marchar contra el enemigo, como si al quedar agachados sobre un cadáver estuvieran haciendo algo indispensable, y no han perecido muchos ejércitos con motivo de semejante depredación? [...] ¿Hay, pues, que acabar con la depredación de los muertos y con la oposición a que se les entierre?

GLAUCÓN. — Hay que acabar, por Zeus—contestó.

SÓCRATES. — Ni tampoco, creo yo, hemos de llevar a los templos las armas para erigirlas allí, y mucho menos las de los griegos, si es que nos importa algo la benevolencia para con el resto de Grecia [ἐάν τι ἡμῖν μέλη τῆς πρὸς τοὺς ἄλλους Ἑλλήνας εὐνοίας]; más bien temeremos que el llevar allá tales despojos de nuestros allegados sea contaminar el templo, si ya no es que el dios dice otra cosa.

V 470a: Referencias a la guerra del Peloponeso

SÓCRATES. — ¿Y qué diremos de la devastación de la tierra helénica y del incendio de sus casas? ¿Qué harán tus soldados en relación con sus enemigos?

GLAUCÓN. — Oiría con gusto —dijo— tu opinión sobre ello.

SÓCRATES. — A mí me parece —dije— que no deben hacer ninguna de aquellas dos cosas, sino sólo quitarles y tomar para sí la cosecha del año. ¿Quieres que te diga la razón de ello?

GLAUCÓN. — Bien de cierto.

SÓCRATES. — Creo que a los dos nombres de guerra y sedición corresponden dos realidades en las discordias que se dan en dos terrenos

distintos: lo uno se da en lo doméstico y allegado; lo otro, en lo ajeno y extraño. La enemistad en lo doméstico es llamada sedición; en lo ajeno, guerra.

GLAUCÓN. — No hay nada descaminado en lo que dices —respondió.

SÓCRATES. — Mira también si es acertado esto otro que voy a decir: afirmo que la raza griega es allegada y pariente para consigo misma, pero ajena y extraña en relación con el mundo bárbaro.

V 470d: Amantes de su ciudad (φιλόπολις)

SÓCRATES. — Considera ahora —dije—, en la sedición tal como la hemos reconocido en común, cuando ocurre lo dicho y la ciudad se divide y los unos talan los campos y queman las casas de los otros, cuán dañina aparece esta sedición y cuán poco amantes de su ciudad ambos bandos [ὡς ἀλιτηριώδης τε δοκεῖ ἡ στάσις εἶναι καὶ οὐδέτεροι αὐτῶν φιλοπόλιδες]

V 470e-471a: Amantes de Grecia

GLAUCÓN. — Esa **manera de pensar** —dijo— es mucho más propia de hombres **civilizados** que la otra [πολὸν γάρ, ἔφη, **ἡμερωτέρων** αὕτη ἢ **διάνοια** ἐκείνης].

SÓCRATES. — ¿Y qué? —dije—. La ciudad que tú has de fundar, ¿no será una ciudad griega?

GLAUCÓN. — Tiene que serlo —dijo.

SÓCRATES. — ¿Sus ciudadanos no serán buenos y civilizados?

GLAUCÓN. — Bien de cierto.

SÓCRATES. — ¿Y amantes de Grecia [φιλέλληνες]? ¿No tendrán a ésta por cosa propia y no participarán en los mismos ritos religiosos que los otros griegos?

GLAUCÓN. — Bien seguro, igualmente.

SÓCRATES. — Y así ¿no considerarán como sedición su discordia con otros griegos, sin llamarla guerra?

GLAUCÓN. — No la llamarán, en efecto.

SÓCRATES. — ¿Y no se portarán como personas que han de reconciliarse?

GLAUCÓN. — Bien seguro.

SÓCRATES. — Los traerán, pues, benévolamente a razón sin castigarlos con la esclavitud ni con la muerte, siendo para ellos verdaderos correctores y no enemigos.

V 471a-b: Conclusión

SÓCRATES. — De ese modo, por ser griegos, no talarán la Grecia ni incendiarán sus casas ni admitirán que en cada ciudad sean todos enemigos suyos, lo mismo hombres que mujeres que niños; sino que sólo hay unos pocos enemigos, los autores de la discordia. Y por todo ello ni querrán talar su tierra, pensando que la mayoría son amigos, ni quemar sus moradas; antes bien, sólo llevarán la reyerta hasta el punto en que los culpables sean obligados a pagar la pena por fuerza del dolor de los inocentes.

GLAUCÓN. — Reconozco —dijo— que así deberían portarse nuestros ciudadanos con sus adversarios; con los bárbaros, en cambio, como ahora se portan los griegos unos con otros.

TERCERA OLA DE LA PARADOJA

Llevar la ciudad del logos a la práctica

V 471c-e: La interrupción de Glaucón, vuelta a la cuestión anterior (cf. V 466e)

GLAUCÓN. — Pero me parece, ioh, Sócrates!, que, si se te deja hablar de tales cosas, no te vas a acordar de aquello a que diste de lado para tratar de ellas: la cuestión de si es posible que exista un tal régimen político y hasta dónde lo es [τὸ ὡς δυνατὴ αὕτη ἢ πολιτεία γενέσθαι καὶ τίνα τρόπον ποτὲ δυνατὴ]. [...] Piensa, pues, que te concedo que se darían todas esas ventajas y otras mil si llegara a existir ese régimen y no hables más acerca de ello; antes bien, tratemos de persuadirnos de que es posible que exista y en qué modo y dejemos lo demás.

V472a: Mención a la tercera y más grande ola

SÓCRATES. — Has hecho —dije— como una repentina incursión en mi razonamiento, sin indulgencia alguna para mis divagaciones, y quizá no te das cuenta de que, cuando apenas he escapado de tus dos primeras oleadas, echas sobre mí la tercera, la más grande y difícil de vencer.

V 472b-e: El objetivo de la creación de la ciudad

SÓCRATES. — Es preciso que recordemos primero que llegamos a esa cuestión investigando qué cosa fuese la justicia y qué la injusticia. [...] Era sólo en razón de modelo [παραδείγματος ἅρα ἔνεκα] por lo que investigábamos lo que era en sí la justicia, y lo mismo lo que era el hombre perfectamente justo, si llegaba a existir, e igualmente la injusticia y el hombre totalmente injusto; todo a fin de que, mirándolos a ellos y viendo cómo se nos mostraban en el aspecto de su dicha o infelicidad, nos sintiéramos forzados a reconocer respecto de nosotros mismos que aquel que más se parezca a ellos ha de tener también la suerte más parecida a la suya; pero no con el propósito de mostrar que era posible la existencia de tales hombres.

GLAUCÓN. — Verdad es lo que dices —observó.

SÓCRATES. — ¿Y piensas, acaso, que es de menos mérito el pintor porque, pintando a un hombre de la mayor hermosura y trasladándole todo con la mayor perfección a su cuadro, no pueda demostrar que exista semejante hombre?

GLAUCÓN. — No, por Zeus —contestó.

SÓCRATES. — ¿Y qué? ¿No diremos que también nosotros fabricábamos en nuestra conversación un modelo de buena ciudad [παράδειγμα ἐποιοῦμεν λόγῳ ἀγαθῆς πόλεως]?

GLAUCÓN. — Bien seguro.

SÓCRATES. — ¿Crees, pues, que nuestro discurso pierde algo en caso de no poder demostrar que es posible establecer una ciudad tal como habíamos dicho?

GLAUCÓN. — No, por cierto —repuso

V 473a: Acercar todo lo posible lo dicho a una ciudad real

SÓCRATES. — ¿Crees que se pueda llevar algo a la práctica tal como se anuncia o, por el contrario, es cosa natural que la realización se acerque a la verdad menos que la palabra aunque a alguien parezca lo contrario? ¿Tu, por tu parte, estás de acuerdo en ello o no?

GLAUCÓN. — Estoy de acuerdo -dijo.

SÓCRATES. — Así, pues, no me fuerces a que te muestre la necesidad de que las cosas ocurran del mismo modo exactamente que las tratamos en nuestro discurso; pero, si somos capaces de descubrir el modo de constituir una ciudad que se acerque máximamente a lo que queda dicho, confiesa que es posible la realización de aquello que pretendías.

V473b-c

SÓCRATES. — Después de esto parece bien que intentemos investigar y poner de manifiesto qué es lo que ahora se hace mal en las ciudades, por lo cual no son regidas en la manera dicha, y qué sería lo que, reducido lo más posible, habría que cambiar para que aquélla entrase en el régimen descrito: de preferencia, una sola cosa; si no, dos y, en todo caso, las menos en número y las de menor entidad.

GLAUCÓN. — Conforme en todo —dijo.

SÓCRATES. — Creo —proseguí— que, cambiando una sola cosa, podríamos mostrar que cambiaría todo; no es ella pequeña ni fácil, pero sí posible.

GLAUCÓN. — ¿Cuál es? —preguntó.

SÓCRATES. — Voy —contesté— al encuentro de aquello que comparábamos a la ola más gigantesca. No callaré, sin embargo, aunque, como ola que estallara en risa, me sumerja en el ridículo y el desprecio. Atiende a lo que voy a decir.

La filosofía y el poder político

V 473d-e: Filosofía política

SÓCRATES. — A menos —proseguí— que los filósofos reinen (1a) en las ciudades o cuantos ahora se llaman reyes y dinastas practiquen noble y adecuadamente la filosofía **(1b)** [ἐὰν μή, ἢν δ' ἐγώ, ἢ οἱ φιλόσοφοι βασιλεύσωσιν ἐνταῖς πόλεσιν ἢ οἱ βασιλεῖς τε νῦν λεγόμενοι καὶ δυνάσται φιλοσοφήσωσι γνησίως τε καὶ ἰκανῶς, καὶ τοῦτο εἰς ταῦτόν συμπέσῃ], vengán a coincidir una cosa y otra, la

filosofía y el poder político [δύναμις τε πολιτικὴ καὶ φιλοσοφία], y sean detenidos por la fuerza los muchos caracteres que se encaminan separadamente a una de las dos (**2a, 2b**) [τῶν δὲ νῦν πορευομένων χωρὶς ἐφ' ἑκάτερον αἱ πολλαὶ φύσεις ἐξ ἀνάγκης ἀποκλεισθῶσιν], no hay, amigo Glaucón, tregua para los males de las ciudades, ni tampoco, según creo, para los del género humano [οὐκ ἔστι κακῶν παῦλα, ὃ φίλε Γλαύκων, ταῖς πόλεσσι, δοκῶ δ' οὐδὲ τῷ ἀνθρωπίνῳ γένει]; ni hay que pensar en que antes de ello se produzca en la medida posible ni vea la luz del sol la ciudad que hemos trazado de palabra [οὐδὲ αὕτη ἢ πολιτεία μὴ ποτε πρότερον φυῆ τε εἰς τὸ δυνατὸν καὶ φῶς ἡλίου ἴδῃ, ἦν νῦν λόγῳ διεληλύθαμεν]. Y he aquí lo que desde hace rato me infundía miedo decirlo [ἀλλὰ τοῦτό ἐστιν ὃ ἔμοι πάλαι ὄκνον ἐντίθησι λέγειν]: que veía iba a expresar algo extremadamente paradójico porque es difícil ver que ninguna otra ciudad sino la nuestra puede realizar la felicidad ni en lo público ni en lo privado [ὁρῶντι ὡς πολὺν παρὰ δόξαν ῥηθήσεται: χαλεπὸν γὰρ ἰδεῖν ὅτι οὐκ ἂν ἄλλη τις εὐδαιμονήσειεν οὔτε ἰδία οὔτε δημοσία.].

Gorgias 521c: Diferencia entre πολιτικὴ τέχνη y δύναμις τε πολιτικὴ

SÓCRATES. — Creo que soy uno de los pocos atenienses, por no decir el único, que se dedica al verdadero arte de la política y el único que la practica en estos tiempos [ἐπιχειρεῖν τῇ ὡς ἀληθῶς πολιτικῇ τέχνῃ καὶ πράττειν τὰ πολιτικά μόνος τῶν νῦν].

Gorgias 517c

SÓCRATES. — Pero en cuanto a modificar las pasiones y reprimirlas tratando de persuadir a los ciudadanos y de llevarlos contra su voluntad a aquello que pueda hacerlos mejores, en nada superan, por así decirlo, aquéllos a éstos, y, sin embargo, es esta la única misión de un buen ciudadano [ἀγαθοῦ πολίτου].

VII 520a-c: La tercera ficción genética y su correspondencia con la tercera ola

SÓCRATES. — Pues ahora —dije— observa, ioh, Glaucón!, que tampoco vamos a perjudicar a los filósofos que haya entre nosotros, sino a obligarles, con palabras razonables, a que se cuiden de los demás y les protejan. [...] Pero a vosotros os hemos engendrado nosotros, para vosotros mismos y para el resto de la ciudad, en calidad de jefes y reyes, como los de las colmenas [ὕμᾱς δ' ἡμεῖς ὑμῖν τε αὐτοῖς τῇ τε ἄλλῃ πόλει ὅσπερ ἐν σμήνεσιν ἡγεμόνας τε καὶ βασιλέας ἐγεννήσαμεν], mejor y más completamente educados que aquéllos y más capaces, por tanto, de participar de ambos aspectos [ἄμεινόν τε καὶ τελεώτερον ἐκείνων πεπαιδευμένους καὶ μᾶλλον δυνατοὺς ἀμφοτέρων μετέχειν].

V 473e-474a: La respuesta de Glaucón

GLAUCÓN. — ¡Oh, Sócrates! —exclamó—. ¡Qué razonamiento, qué palabras acabas de emitir! Hazte cuenta de que se va a echar sobre ti con todas sus fuerzas una multitud de hombres no despreciables (que no son de clase baja) [οὐ φαύλους] por cierto en plan de tirar sus mantos y coger cada cual, así

desembarazados, la primera arma que encuentren, dispuestos a hacer cualquier cosa; y, si no los rechazas con tus argumentos y te escapas de ellos, ibuena vas a pagarla en verdad!

SÓCRATES. — ¿Y acaso no eres tú —dije— el culpable de todo eso?

GLAUCÓN. — Y me alabo de ello —replicó—, pero no he de hacerte traición, sino que te defenderé con lo que pueda; y **podré** con mi **buena voluntad** y **dandote animos** [δύναμαι δὲ εὐνοίᾳ τε καὶ τῷ παρακελεύεσθαι].

I 337d: Trasímaco es un hombre nada despreciable

TRASÍMACO. — Bien lo veo —repuso él; para que Sócrates se salga con lo de costumbre: que no conteste y que, al contestar otro, tome la palabra y lo refute.

SÓCRATES. — Pero ¿cómo —dije yo— podría contestar, oh, el mejor de los hombres, quien primeramente no sabe nada, y así lo confiesa, y además, si algo cree saber, se encuentra con la prohibición de decir una palabra de lo que opina, impuesta por un hombre nada despreciable [ἀνδρὸς οὐ φαύλου]?

¿QUIÉNES SON LOS FILÓSOFOS?

Filósofos previos a la aparición de la idea del bien

V 474b-c: Planteamiento de la pregunta

SÓCRATES. — Me parece, por tanto, necesario, si es que hemos de salir libres de esas gentes de que hablas, que precisemos quiénes son los filósofos a los que nos referimos cuando nos atrevemos a sostener que deben gobernar la ciudad; y esto a fin de que, siendo bien conocidos, tengamos medios de defendernos mostrando que a los unos les es propio por naturaleza tratar la filosofía y dirigir la ciudad y a los otros no, sino, antes bien, seguir al que dirige

V 474c: Primera característica del filósofo

SÓCRATES. — ¿Será necesario —dije— recordarte o que recuerdes tú mismo que aquel de quien decimos que ama [φιλεῖν] alguna cosa debe, para que la expresión sea recta, mostrarse no amante de una parte de ella sí y de otra parte no, sino amante en su totalidad?

V 475 a: Aparición de φιλότιμος

SÓCRATES. — Y asimismo, creo, ves a los ambiciosos [φιλοτίμους] que, si no pueden llegar a generales en jefe, mandan el tercio de un cuerpo de infantería.

V 475b-c: Diferencia entre φιλόσοφον y φιλομαθῆ

SÓCRATES. — Ahora confirma o niega lo que voy a preguntarte: cuando decimos que uno está deseoso de algo, ¿entendemos que lo desea en su totalidad o en parte sí y en parte no?

GLAUCÓN. — En su totalidad —replicó.

SÓCRATES. — Así, pues, ¿del amante de la sabiduría diremos que la desea no en parte sí y en parte no, sino toda entera [οὐκοῦν καὶ τὸν φιλόσοφον σοφίας φήσομεν ἐπιθυμητὴν εἶναι, οὐ τῆς μὲν, τῆς δ' οὐ, ἀλλὰ πάσης]?

GLAUCÓN. — Cierto.

SÓCRATES. — Por tanto, de aquel que siente disgusto por el estudio, y más si es joven y aun no tiene criterio de lo que es bueno y de lo que no lo es, no diremos que sea **amante del estudio** ni **filósofo** [οὐ φήσομεν φιλομαθῆ οὐδὲ φιλόσοφον εἶναι], como del desganado no diremos que tenga hambre ni que desee alimentos ni que sea buen comedor [φιλόσιτον], sino inapetente.

GLAUCÓN. — Y acertaremos en ello.

SÓCRATES. — En cambio, al que con la mejor disposición quiere gustar de toda enseñanza, al que se encamina contento a aprender sin mostrarse nunca ahído, a ése le llamaremos con justicia filósofo. ¿No es así?

V 475d: Glaucón pide una definición más específica del filósofo

GLAUCÓN. — Si a ello te atienes te vas a encontrar con una buena multitud de esos seres y va a haberlos bien raros: tales me parecen los **aficionados a espectáculos**, que también se complacen en **saber (aprender)** [οἷ τε γὰρ φιλοθεάμονες πάντες ἔμοιγε δοκοῦσι τῷ καταμανθάνειν χαίροντες τοιοῦτοι εἶναι]. [...] ¿Pues quiénes son entonces —preguntó— los que llamas filósofos verdaderos?

SÓCRATES. — Los que **gustan de contemplar** la **verdad** [τοὺς τῆς ἀληθείας, ἦν δ' ἐγώ, φιλοθεάμονας].

Las ideas

V 475e-476a: Las ideas y la distinción del filósofo

SÓCRATES. — No sería fácil de explicar —respondí— si tratara con otro; pero tú creo que has de convenir conmigo en este punto.

GLAUCÓN. — ¿Cuál es?

SÓCRATES. — En que, puesto que lo hermoso es lo contrario de lo feo, se trata de dos cosas distintas.

GLAUCÓN. — ¿Cómo no?

SÓCRATES. — ¿Y puesto que son dos, cada uno es una cosa?

GLAUCÓN. — Igualmente cierto.

SÓCRATES. — Y lo mismo podría decirse de lo **justo** y lo injusto y de lo **bueno** y lo malo y de todas las **ideas** que cada cual es algo distinto [καὶ περὶ δὴ δικαίου καὶ ἀδίκου καὶ ἀγαθοῦ καὶ κακοῦ καὶ πάντων τῶν εἰδῶν περὶ ὃ αὐτὸς λόγος], pero, por su mezcla con las acciones, con los cuerpos y entre ellas mismas, se muestra cada una con multitud de apariencias.

GLAUCÓN. — Perfectamente dicho -observó.

SÓCRATES. — Por ese motivo -continué - he de distinguir de un lado los que tú ahora mencionabas, **aficionados a los espectáculos** y **a las artes** y **hombres de acción** [διαίρω, χωρὶς μὲν οὖς νυνδὴ ἔλεγες φιλοθεάμονάς τε καὶ φιλοτέχνους καὶ πρακτικούς], y de otro, éstos de que ahora hablábamos, únicos que rectamente podríamos llamar filósofos.

V 476b-e: γινώσκοντος (proceso de comprensión intelectual) y δόξαν

SÓCRATES. — Los aficionados a audiciones y espectáculos —dije yo— gustan de las buenas voces, colores y formas y de todas las cosas elaboradas con estos elementos; pero su mente es incapaz de ver y gustar la naturaleza de lo bello en sí mismo.

GLAUCÓN. — Así es, de cierto —dijo.

SÓCRATES. — ¿Y aquellos que son capaces de dirigirse a lo bello en sí y de contemplarlo tal cual es, ¿no son en verdad escasos?

GLAUCÓN. — Ciertamente.

SÓCRATES. — El que cree, pues, en las cosas bellas, pero no en la belleza misma, ni es capaz tampoco, si alguien le guía, de seguirle hasta el conocimiento de ella, ¿te parece que vive en ensueño o despierto? Fíjate bien: ¿qué otra cosa es ensoñar, sino el que uno, sea dormido o en vela, no tome lo que es semejante como tal semejanza de su semejante, sino como aquello mismo a que se asemeja? [...] ¿Así, pues, el pensamiento de éste diremos rectamente que es saber de quien conoce, y el del otro, parecer de quien opina [οὐκοῦν τούτου μὲν τὴν διάνοιαν ὡς γινώσκοντος γνώμην ἂν ὀρθῶς φαῖμεν εἶναι, τοῦ δὲ δόξαν ὡς δοξάζοντος]?

GLAUCÓN. — Exacto.

SÓCRATES. — ¿Y qué haremos si se enoja con nosotros ese de quien decimos que opina, pero no conoce, y nos discute la verdad de nuestro aserto? ¿Tendremos medio de exhortarle y convencerle [πείθειν] buenamente ocultándole que no está en su juicio?

V 477b: ἐπιστήμη (conocimiento científico) y δόξα

SÓCRATES. — A una cosa, pues, se ordena la opinión y a otra el saber, cada uno según su propia potencia [ἐπ' ἄλλῳ ἄρα τέτακται δόξα καὶ ἐπ' ἄλλῳ ἐπιστήμη, κατὰ τὴν δύναμιν ἑκατέρα τὴν αὐτῆς].

GLAUCÓN. — Esto es.

SÓCRATES. — ¿Y así, el saber se dirige por naturaleza a lo que existe para conocer lo que es el ser [οὐκοῦν ἐπιστήμη μὲν ἐπὶ τῷ ὄντι πέφυκε, γινῶναι ὡς ἔστι τὸ ὄν]? Pero más bien me parece que aquí hay que hacer previamente una distinción.

V 478b-d: Sobre la opinión

SÓCRATES. — ¿Se opinará, pues, sobre lo que no existe? ¿O es imposible opinar sobre lo no existente? Pon mentes en ello: ¿el que opina no tiene su opinión sobre algo? ¿O es posible opinar sin opinar sobre nada?

GLAUCÓN. — Imposible.

SÓCRATES. — ¿Por tanto, el que opina opina sobre alguna cosa?

GLAUCÓN. — Sí.

SÓCRATES. — ¿Y lo que no existe no es «alguna cosa», sino que realmente puede llamarse «nada»?

GLAUCÓN. — Exacto.

SÓCRATES. — Ahora bien, ¿a lo que no existe le atribuimos forzosamente la ignorancia y a lo que existe el conocimiento?

GLAUCÓN. — Y con razón —dijo.

SÓCRATES. — ¿Por tanto, no se opina sobre lo existente ni sobre lo no existente?

GLAUCÓN. — No, de cierto.

SÓCRATES. — ¿Ni la opinión será, por consiguiente, ignorancia, ni tampoco conocimiento?

GLAUCÓN. — No parece.

SÓCRATES. — ¿Acaso, pues, está al margen de estas dos cosas superando al conocimiento en perspicacia o a la ignorancia en oscuridad? [...] ¿Luego está en mitad de ambas?

V 478d

SÓCRATES. — ¿Y no dijimos antes que, si apareciese algo tal que al mismo tiempo existiese y no existiese, ello debería estar en mitad entre lo puramente existente y lo absolutamente inexistente, y que no habría sobre tal cosa saber ni ignorancia, sino aquello que a su vez apareciese intermedio entre la ignorancia y el saber?

GLAUCÓN. — Y dijimos bien.

SÓCRATES. — ¿Y no aparece entre estas dos cosas lo que llamamos opinión?

GLAUCÓN. — Sí, aparece.

V 478e

SÓCRATES. — Ahora, pues, nos queda por investigar, según se ve, aquello que participa de una y otra cosa, del ser y del no ser, y que no es posible designar fundadamente como lo uno ni como lo otro; y ello a fin de que, cuando se nos muestre, le llamemos con toda razón lo opinable, refiriendo los extremos y lo intermedio a lo intermedio ¿No es a así?

V 479a: Única aparición de *idea* en el libro V

SÓCRATES. — Sentado todo esto, diré que venga a hablarme y a responderme aquel buen hombre que cree que no existe lo bello en sí ni *idea* [ὁ χρηστός ὃς αὐτὸ μὲν καλὸν καὶ *ιδέα*ν] alguna de la belleza que se mantenga siempre idéntica a sí misma.

V 479d-480a: Cierre del libro V

SÓCRATES. — Hemos descubierto, pues, según parece, que las múltiples creencias de la multitud acerca de lo bello y de las demás cosas dan vueltas en la región intermedia entre el no ser y el ser puro [ὄντος εἰλικρινῶς].

GLAUCÓN. — Lo hemos descubierto.

SÓCRATES. — Y ya antes convinimos en que, si se nos mostraba algo así, debíamos llamarlo opinable, pero no conocible y es lo que, andando errante en mitad, ha de ser captado por la potencia intermedia.

GLAUCÓN. — Así convinimos.

SÓCRATES. — Por tanto, de los que perciben muchas cosas bellas, pero no ven lo bello en sí ni pueden seguir a otro que a ello los conduzca y asimismo ven muchas cosas justas, pero no lo justo en sí, y de igual manera todo lo demás, diremos que opinan de todo, pero que no conocen nada de aquello sobre que opinan. [...] ¿Y no afirmaremos que estos tales abrazan y aman aquello de que tienen conocimiento, y los otros, aquello de que tienen opinión? ¿O no recordamos haber dicho que estos últimos se complacen en las buenas voces y se recrean en los hermosos colores, pero no toleran ni la existencia de lo bello en sí?

GLAUCÓN. — Lo recordamos.

SÓCRATES. — ¿Nos saldríamos, pues, de tono llamándolos **amantes de la opinión** más que **filósofos o amantes del saber** [μή οὖν τι πλημμελήσομεν φιλοδόξους καλοῦντες αὐτοὺς μᾶλλον ἢ φιλοσόφους]? ¿Se enojarán gravemente con nosotros si decimos eso? [...] Y a los que se adhieren a cada uno de los seres en sí, ¿no habrá que llamarlos **filósofos o amantes del saber** y no **amantes de la opinión** [τοὺς αὐτὸ ἄρα ἕκαστον τὸ ὄν ἀσπαζομένους φιλοσόφους ἀλλ' οὐ φιλοδόξους κλητέον;]?

La República de Platón

Curso 2023-24 Los diálogos de la torre del Virrey

MIÉRCOLES 4 DE OCTUBRE 17 H CET
República I | Álvaro López
<https://us06web.zoom.us/j/5549038216>
Sala de Reuniones de la Facultad de Filosofía UV

MIÉRCOLES 8 DE NOVIEMBRE 17 H CET
República II y III | María Golfe Folgado
<https://us06web.zoom.us/j/5549038216>
Sala de Reuniones de la Facultad de Filosofía UV

MIÉRCOLES 13 DE DICIEMBRE 17 H CET
República IV | Eric Jiayu Martos García
<https://us06web.zoom.us/j/5549038216>
Sala de Reuniones de la Facultad de Filosofía UV

MIÉRCOLES 7 DE FEBRERO 17 H CET
República V | Unai Cava
<https://us06web.zoom.us/j/5549038216>
Sala de Reuniones de la Facultad de Filosofía UV

MIÉRCOLES 28 DE FEBRERO 17 H CET
Las Cartas de Platón | Prof. Ricardo Bonet
<https://us06web.zoom.us/j/5549038216>
Sala de Reuniones de la Facultad de Filosofía UV

MIÉRCOLES 20 DE MARZO 17 H CET
República VI | Prof. Rubén Villacañas
<https://us06web.zoom.us/j/5549038216>
Sala de Reuniones de la Facultad de Filosofía UV

MIÉRCOLES 10 DE ABRIL 17 H CET
República VII | Prof^a. Carmen Rabadán Puchades
<https://us06web.zoom.us/j/5549038216>
Sala de Reuniones de la Facultad de Filosofía UV

MIÉRCOLES 8 DE MAYO 17 H CET
República VIII y IX | Prof^a. Dr^a. Esmeralda Balaguer García
<https://us06web.zoom.us/j/5549038216>
Sala de Reuniones de la Facultad de Filosofía UV

MIÉRCOLES 29 DE MAYO 17 H CET
República X | Prof. Dr. Natanael Pacheco
<https://us06web.zoom.us/j/5549038216>
Solo online

